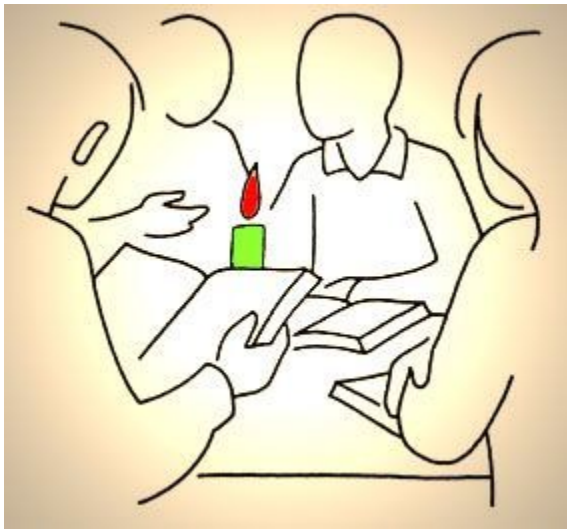


# LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: MATEO 18,21-35

---



**Domingo XXIV del tiempo ordinario**

*“No puedo yo creer que alma que tan junto llega de la misma misericordia, adonde conoce la que es y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió” (Camino 36,12).*

**Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces? ¿Puede volver a ser transparente el agua de nuestra fuente? ¿Es posible recuperar la inocencia y la transparencia, perdidas en tantos recodos del camino? ¿Se puede dejar de oír el oleaje del Espíritu? Perdón y oración se dan la mano. Alegría y perdón se encuentran en nuestra interioridad. Vengo con la raíz manchada y te pregunto, Señor: ¿cuántas veces tengo que perdonar?**

**No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.** Jesús rompe el estrecho círculo de nuestros cálculos humanos; invita a entrar en un horizonte ilimitado de alegría, apuesta por nosotros

hasta límites insospechados. Jesús ha puesto tanto per-dón en el ser humano y ha cruzado su paisaje dejándolo tan vestido de gracia y hermosura, que ahora le invita a ir más allá. El corazón de los hijos e hijas de Dios no puede vestirse de rencor y resentimiento. Es hora de desculpabilizar. El perdón es la fragancia que la violeta suelta, cuando se levanta el zapato que la aplastó. Jesús, me cuesta no poner límite al perdón. Ayúdame a elegir perdonar siempre.

**Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?** Los otros son paso obligado para ir a Dios. Lo que Dios ha hecho con nosotros, su obra, no puede quedar manchada con nuestra resistencia a perdonar a los otros. Además, ¡qué desproporción tan enorme entre los dos perdones: el que Dios nos concede y el que nosotros estamos llamados a dar! Actúa, tú, Espíritu Santo, en mi interior, sana mi orgullo y resentimiento.

**Perdonar de corazón. Jesús conoce nuestro corazón.** Nos pide lo que más necesitamos: elegir perdonar. El perdón es una bocanada de aire fresco que sana todo ese mal de este mundo que respiramos por dentro. Lo mínimo que nos puede quedar del encuentro amistoso con Dios es ese saneamiento radical del corazón en las relaciones con los demás. La gran señal de la oración es el espíritu de perdón, la fortaleza para encajar golpes, la facilidad para quitar de la memoria los pequeños agravios que nos han hecho. Si no hay perdón, “no fíe mucho de su oración”. El perdón, recibido y dado, sana las heridas más hondas, hace fecunda la vida, le da alas a nuestra libertad. El mundo, tan saturado de culpas, está a la espera de perdón. Sana tú, Señor, esas heridas que me impiden perdonar y amar a quien me ha hecho daño.

CIPE - Septiembre 2011